

EL LABORATORIO SECRETO DE MI ABUELO

Érase una vez un niño llamado Marcos. Ese verano vería a su abuelo en Cabrerizos. Allí iba a explorar su gran casa.

Un día, en el desván, vio una caja; era pequeña, pero a él le llamó la atención. La abrió y... había un mando de la tele con dos botones: encender y apagar.

Le dio a encender y de repente las cajas formaron una especie de puerta. Entró y ¡no podía creer lo que veía! Una pequeña sala repleta de robots y máquinas.

Él empezó a tocarlas todas ¡era alucinante!

De repente oyó pasos. Él, a toda prisa, se escondió y sin querer pulsó un botón. Justo aparecía su abuelo y, al mismo tiempo, surgió un pequeño robot.

- ¡Hola! – dijo – me llamo X3000. Y se fue.

El abuelo dijo:

- ¡Noooo!

Y fue tras él. Cuando lo vieron ya estaban en el campo de fútbol.

- Tienes que volver – dijo el abuelo.

- Ni hablar – contestó el robot. Y se fue corriendo.

Esta vez sí que lo perdieron. Volvieron a casa hasta que...

- ¡Allí!

Y allí estaba X3000.

Fueron corriendo, se les iba a escapar hasta que se paró y se desplomó al suelo.

- ¡Claro! – dijo el abuelo. Funciona con pilas.

Y volvieron a casa.

- Creo que me debes una explicación – dijo Marcos.

- Está bien – dijo el abuelo.

- Yo soy científico y este año voy a un concurso de ciencias y mi proyecto es este robot – dijo.

- Adiós – dijo Marcos.

Era tarde y cuando llegaron a casa el teléfono sonó.

- ¿Quién va a llamar a estas horas? – dijo su madre.

Marcos cogió el teléfono y sonó: ¡¡He ganado!! y colgó.

Pablo Díaz Colmenero
Ganador Categoría B

VERA Y SU GRAN SUEÑO

Había una vez una niña llamada Vera, que siempre estaba jugando con una pelota que es un rompecabezas en forma de esfera transparente, que contiene un laberinto hecho de pistas y obstáculos. Dentro de esa esfera, había una pequeña bola de acero que Vera giraba desde el inicio hasta el final del camino, volteando y moviendo la esfera en todas direcciones para que la bola avance sin caerse de la pista

Un día, su madre le preguntó:

—Vera, ¿Qué quieres ser de mayor?

Vera respondió sin pensarlo:

—¡Quiero ser científica!

Su madre la miró sorprendida y le dijo:

—Ser científica es un poco difícil.

Vera se quedó pensativa, pero su sueño no desapareció. Aquella noche, después de cenar, se metió en la cama con un libro lleno de dibujos de experimentos y circuitos. Mientras lo leía, imaginaba que algún día haría grandes descubrimientos.

—Es hora de dormir, Vera —le dijo su madre con cariño.

Al día siguiente, en el colegio, sus amigos le preguntaron qué quería ser de mayor.

—¡Científica! —contestó Vera muy segura.

Algunos dijeron que era difícil, pero Vera sonrió. Ella sabía que los sueños importantes siempre cuestan un poco.

Una tarde, Vera fue con su madre a la biblioteca del pueblo. Allí encontró un libro sobre mujeres científicas muy valientes. Leyó sobre Marie Curie, Margarita Salas, Jane Goodall y muchas más. Descubrió que todas ellas habían trabajado mucho y nunca se rindieron.

Ese día, Vera entendió algo muy importante.

Cuando Vera se hizo mayor, estudió mucho y no dejó de creer en sí misma. Hubo momentos en los que se cansó, pero recordó a aquellas científicas y siguió adelante.

Y un día, su sueño se hizo realidad: Vera se convirtió en una de las mejores científicas por descubrir una cura para un virus que afectaba a la vista de las personas mayores.

Entonces sonrió y pensó que todo había merecido la pena.

Moraleja:

Los sueños no se cumplen solos, pero con esfuerzo, ilusión y confianza en uno mismo, cualquier niño o niña puede llegar a ser lo que quiera.

Itziar Herráez Cartagena
Ganadora Accésit “Cabrerizos Educa”

LA ESTACIÓN DEL RECUERDO

Érase que se era, un valle rodeado de montañas nevadas donde existía una estación de tren muy especial. No era de cemento y ladrillo como las que conocemos, sino de flores blancas y música de violín. Su nombre, la estación del Recuerdo.

Hacía algún tiempo, un tren lleno de personas queridas se detuvo para siempre en medio de su viaje. Fue un momento muy triste y el mundo entero lloró. Los pasajeros de ese tren nunca llegaron a su destino, pero en su lugar, fueron recibidos en esta estación mágica donde el sol siempre es tibio y las nubes parecen de algodón de azúcar.

Entre las familias que aguardaron esa llegada que nunca ocurrió, se encontraba la pequeña Lía, una niña de ojos curiosos y corazón aventurero, que solía esperar apoyada en la barandilla del puente, para ver pasar el expreso de las cinco. En aquel tren viajaba su abuelo, un hombre corpulento y muy dicharachero que siempre olía a canela y madera vieja, y su tía favorita Martina, que tenía la risa más ruidosa de toda la región.

Ese día Lía sintió que el mundo se había quedado sin colores.

—¿A dónde irán las canciones que mi abuelo no terminó de cantarme? —le preguntaba Lía a su mamá—. ¿Y quién cuidará de los sueños de la tía Martina si ella no está aquí para soñarlos?

Su madre, con ojos empañados y voz dulce, le explicó que el amor es como la energía: nunca desaparece, solo se transforma en algo más sutil, como el perfume de las flores o el brillo de la escarcha al amanecer. Pero para Lía, eso no era suficiente. Ella necesitaba respuestas.

Una tarde, mientras Lía regresaba a casa desde el colegio caminando junto a las vías del tren, encontró un pequeño gato de pelaje gris humo y ojos dorados, el cual estaba subido en una roca. Lo más extraño de todo es que llevaba puesta una pequeña gorra de revisor y un silbato de plata colgado del cuello.

El gato, mirando fijamente a Lía, se presentó como Fiz, y dijo ser el guardián de la estación del Recuerdo, e invitó a Lía a sentarse junto a él sobre una manta de musgo verde.

Fiz, comprobó la extrañeza con la que Lía miraba a los lados, tratando de encontrar esa estación y entonces le dijo apresuradamente:

—No busques una estación de ladrillo, ni tampoco busques ese tren de metal que tanto anhelas hallar pequeña Lía —dijo el gato, cuya voz sonaba como el ronroneo

de un motor antiguo—. Ese tren, como bien sabes, tuvo que detenerse para siempre, pero si mi reloj no falla, pronto verás llegar un nuevo tren, el tren de la Luz, el cual nunca deja de avanzar.

Fiz le explicó que, tras el accidente, todos los pasajeros que iban a bordo fueron recibidos en esa estación mágica que no está en los mapas, sino en el horizonte, justo donde el cielo se une con la tierra.

—Allí no hay relojes que marquen las horas —explicó— Solo momentos de paz.

¿Sabes que tu abuelo ahora es el mejor bibliotecario de las estrellas?; se encarga de organizar todos los cuentos que los abuelos del mundo han contado alguna vez a sus nietos para que nunca se pierdan. —. Y tu tía Martina... bueno, ella es la directora de la orquesta del viento. Cada vez que escuchas las hojas de los árboles bailar, es ella moviendo su batuta.

Fiz cerró los ojos y, por un arte de una magia que solo los niños y los gatos comprenden, el paisaje alrededor de Lía empezó a cambiar. Ya no estaban en aquel valle frío, sino en un andén hecho de nácar y luz de luna. Frente a ella, un tren majestuoso con vagones de cristal se deslizaba lentamente, y haciendo sonar su silbato se detuvo en el andén.

—Mira a través de los cristales —susurró Fiz.

Lía se acercó y vio algo maravilloso. En el primer vagón, llamado el vagón de las risas guardadas, las personas que habían partido tras el accidente, estaban sentadas en sillones de terciopelo, compartiendo historias. Vio a su abuelo mostrando una foto de Lía a otros pasajeros, presumiendo con orgullo de lo mucho que ella había crecido. No estaban tristes ni tenían miedo; se veían radiantes, como si estuvieran hechos de la misma luz que las estrellas.

En otro vagón, la tía Martina estaba tejiendo una hermosa bufanda, hecha de hilos de colores.

—Esa bufanda es un puente —dijo Fiz—. Cada vez que tú haces algo que ellos te enseñaron, como cuidar una planta, ayudar a un animal necesitado o ser amable con un amigo, añades un hilo a esa bufanda. Eso es lo que nos mantiene unidos a ellos.

Lía comprendió entonces que el accidente no fue el final del viaje, sino un transbordo hacia una ruta más hermosa. Sus seres queridos no se habían "ido"; simplemente se habían convertido en los arquitectos de los paisajes que ella vería por el resto de su vida.

En ese instante, el gato Fiz le entregó a Lía un pequeño ticket de tren dorado, que no tenía impresa ninguna fecha de regreso.

—Guarda este ticket en tu corazón —le dijo—. Es un pase libre para que puedas volver a visitarlos cuando quieras en tus sueños. Pero recuerda, la mejor forma de honrarlos no es llorando por el tren que se detuvo, sino viviendo con alegría por el tren que sigue caminando bajo tus pies. En ese momento, Fiz hizo sonar el silbato de plata y vio como el tren partió de la estación desapareciendo fugazmente en el horizonte.

Cuando Lía abrió los ojos, estaba de nuevo en el puente del valle. El sol se estaba poniendo, tiñendo el cielo de naranja y violeta. En ese momento, una suave brisa le acarició la mejilla y le trajo un aroma familiar a canela y madera vieja. Lía sonrió y, por primera vez en mucho tiempo, soltó una carcajada que resonó en todo el valle.

Desde aquel día, en el pueblo se cuenta que la estación del Recuerdo es el lugar más concurrido del mundo. Lía enseñó a otros niños a escribir cartas a sus familiares desaparecidos en barquitos de papel y a lanzarlos al río, sabiendo que el agua los llevaría hasta el tren de la luz.

Aprendieron que la muerte es solo una estación de paso, y que el amor es el único equipaje que no pesa, el único que atraviesa cualquier frontera y el único que nos permite seguir viajando juntos, aunque no podamos vernos. Porque mientras el tren de la luz siga circulando, nadie se quedará nunca atrás.

Francisco Bermejo Nieto

Ganador Categoría C